

ENSEÑANZA DE NIÑOS ANORMALES (1)

Profundamente convencida la mayoría de los hombres de que el analfabetismo — considerado como ausencia completa de la acción educativa escolar sobre los individuos — significa dejar a estos abandonados a la sola acción sugestiva del ambiente social; significa dejar a las poblaciones en la inconsciencia, en el desconocimiento de sus deberes y de sus derechos y por consiguiente en la imposibilidad de sentir su dignidad de hombres y de ciudadanos; significa no poder crear y alimentar en el pueblo los ideales patrióticos, humanos y sociales que derivan de los distintos conocimientos relativos a las actividades humanas más comunes y más útiles: reconocido que en el mundo civil moderno ningún estado puede dignamente tener altos su decoro y su prestigio y aspirar a convertirse en factor de progreso en la vida internacional, si juntamente con la salu física, descuida la elevación intelectual y moral de todos sus ciudadanos: admitido que la educación de las masas representa para los Estados no sólo un deber sino su mayor instrumento de fuerza y de lucha, la verdadera necesidad de su existencia: reconocido en una palabra que cada hombre vale en proporción de lo que sabe, y que se considera más perfecto y por consiguiente de mayor valor aquel que tiene carácter, inteligencia y cultura, que participa de la vida social y a ella contribuye con la acción pronta y eficaz, se libró la gran bata-

(1) (Apuntes de una conferencia pronunciada como inauguración del curso libre sobre "enseñanza de niños anormales" en la Facultad de "Ciencias de la Educación" de La Plata, en Noviembre de 1920).

lla para combatir vigorosa y despiadadamente la planta funesta del analfabetismo.

Se crearon y se siguen creando muchas escuelas; se idearon y se siguen ideando todos los medios más eficaces, a fin de conseguir que, el mayor número de niños en edad escolar concurren a las mismas, para recibir la instrucción y educación que tanto necesitan.

*

* *

Pero bien pronto se comprendió que esto no era suficiente para afirmar que el problema quedaría completa y convenientemente resuelto. Se admitió que no se llegaría a combatir seriamente el analfabetismo, y que la escuela primaria no contribuiría — como estaba en el ánimo de todos — al desarrollo y al perfeccionamiento del país y de sus instituciones, no adquiriría su real importancia social y política, no resultaría factor especial de civilización, de humanidad y de patriotismo si tan sólo hubiese limitado su obra a enseñar a los niños una letra más o menos bonita, a cometer pocos errores de ortografía, a ejecutar las operaciones de aritmética con bastante rapidez, a recordar en sus más mínimos detalles un determinado hecho histórico, a repetir mecánicamente un verso bonito, etcétera... , preparación esta digna, por cierto, de ser tenida muy en cuenta, pero que no es la más importante, la más indispensable, la que mejor predispone las inteligencias para la vida, la que da a los educandos el hábito de pensar, el espíritu de observación, deseos investigadores en presencia de lo desconocido, el placer de querer el estudio, el método de aprender.

Se reconoció en seguida que la escuela primaria, necesitaba de una organización distinta de la que se le había dado al principio, que era indispensable transformarla de manera que consultase y satisficiera en mejor forma las necesidades del momento, y antes que nada — beneficiara indistintamente a todos los niños que a ella concurrían. Se comprendió que la escuela primaria no solamente debía preocuparse de hacer aprender a los niños lo que no les estaba consentido ignorar, sino que debía darles también todas las aptitudes que llevarían consigo en la vida y que harían de ellos los maestros de sí mismos.

Se convino en que la escuela primaria — mantenida exclusivamente para la educación del espíritu, — era la manifestación más profunda y tenaz de la escuela hecha tan sólo para las clases privilegiadas, mientras que ella, sin olvidar el espíritu, — debía perseguir y efectuar también la educación de las habilidades físicas, manuales y productivas, y volverse, así, escuela también en relación con las clases obreras de nuestros días, y en relación con la humanidad trabajadora del porvenir.

Se comprendió que la escuela primaria no debía crear idealistas fátuos que corriesen en pos de las quimeras y no poseyesen el sentido real y preciso de la vida, de sus exigencias y de sus necesidades y que por consiguiente debía ser modernizada de manera que hiciera del ciudadano un verdadero valor social relativamente al tiempo en que vive y a los grandes problemas del tiempo en que su acción tendrá que desarrollarse en las relaciones sociales.

Bien pronto se comprendió, en fin, que los individuos de las nuevas generaciones debían saber ocupar lo más pronto posible su puesto económico en la sociedad, y que, en consecuencia, a la instrucción llamada por algunos *instrumental*, debía ir pareja la otra llamada *real*, es decir, que también en la escuela para el pueblo debían tenerse presentes los fines siguientes: *el fin real*, — *el fin formal*, — *el fin ético social*, — *el fin económico*.

*

* *

De aquí, precisamente, que los directores de la instrucción primaria traten hoy por todos los medios a su alcance de dar también a los niños una educación manual; de crear hombres buenos, sanos, fuertes, honestos, modernamente preparados para la vida y sus luchas, favoreciendo la libre manifestación de las tendencias de todos los educandos, auspiciando el desarrollo de sus iniciativas y la expansión de su originalidad; de dirigir convenientemente su naturaleza, más que afanarse en corregirla y comprimirla, con tal de seguir el concepto apriorístico que los padres pudiesen haberse formado con relación a su carrera y a su porvenir.

De aquí que se afanen en favorecer y cultivar, — después

de haber eliminado y reprimido las inútiles o antisociales — todas las buenas vocaciones de los educandos, ya que ellas representan la vía por la que el individuo puede volverse mayormente útil para sí y para sus semejantes, ya que las vocaciones representan, sin duda alguna, la parte más bella de la vida, la más rica promesa del desarrollo humano. De aquí que traten por todos los medios de vencer los prejuicios de una mal entendida democracia, de destruir ciertas utopías, de imprimir una dirección conveniente y lógica a la emancipación de todos los hombres.

Es efectivamente cierto que en todos los países más adelantados se constata la saludable tendencia de hacer más eficaz la instrucción primaria, fundamento de todo progreso civil; de hacer que su acción sea dirigida a todos los factores y grados de la educación humana con el fin de difundir y reforzar en las poblaciones los sentimientos de moralidad y de justicia, de amor patrio y de humanidad; que sea una verdad la unión y el acuerdo entre los que componen las diferentes clases sociales; que también los humildes participen de todas las conquistas intelectuales, creando, como dice Straticó, aquel vínculo espiritual común, aquella llamada igualdad psicológica, o más bien dicho psíquica, que les permite acercarse, entenderse y verse, compelidos en la vida práctica por los mismos sentimientos de amor y de solidaridad.

Es efectivamente cierto que en todas partes se procura modificar, renovar el tipo de la escuela primaria antigua, y crear en su lugar la que los tiempos modernos reclaman, y no mediante pequeñas reformas como si existiera el temor de afrontar el problema en toda su magnitud, sino de acuerdo con un plano preestablecido y seguro que consulta las necesidades de la vida nueva y pulsante que en cada país se exterioriza con ritmo cada vez más vigoroso.

*

* *

Ahora bien, uniformadas las opiniones en este sentido, se admitió en seguida también que, para conseguir tan elevadas finalidades era indispensable que los maestros aprendieran a conocer perfectamente bien la índole, las tendencias, las cualidades intelectuales y morales, los defectos y las anor-

malidades físicas, el temperamento y la vocación de los alumnos — principio este que informa todos los estudios de alta psicología experimental y que determina las transformaciones radicales que se van sucesivamente introduciendo en las antiguas reglas de pedagogía — y que era imposible adoptar una dirección y un medio educativo idénticos, como si todos los educandos tuvieran el mismo origen, presentasen las mismas características, y proviniesen del mismo medio.

En esto precisamente se fundan los esfuerzos de los cultores de la pedagogía moderna, tendientes a obtener que se deje de considerar, casi como si fuera un principio de justicia — esa uniformidad niveladora de los alumnos, esa igualdad abstracta que lleva a todas las individualidades infantiles hacia un tipo único, que, luego, en la realidad de los hechos, nosotros los maestros no encontramos.

Y, francamente, sería un absurdo, un grave error científico, pretender encontrar esa supuesta uniformidad en la infancia de aquella humanidad tan variada que contiene — como dice la Montessori — todos los diferentes tipos sociales de los hombres; que contiene tanto los trabajadores de la mano y del intelecto, los transformadores del ambiente, los productores de la riqueza, los directores de los gobiernos, como la turba indefinida de los parásitos y de los antisociales; que contiene desde el anormal afectivo, el enfermo y el deficiente intelectual, hasta el niño bueno, robusto e inteligente, hasta aquel que oculta los gérmenes gloriosos del genio; que contiene desde el que gime en las desolaciones de la miseria o del pauperismo, hasta aquel que — inconsciente — goza de todas las comodidades de la vida; que contiene desde el huérfano solitario en el corazón hasta el niño viciado por el excesivo amor celoso de las madres.

Si; todos estos elementos tan distintos, que presentan características tan antagónicas viven juntos en la infancia — sentados uno al lado de otro en los bancos de la escuela, — y todos estos tipos tan opuestos entre sí no pueden, no deben pasar inadvertidos, o casi, en aquel ambiente, en aquellas aulas destinadas a preparar las nuevas generaciones para una conveniente adaptación social.

De aquí que, a poco a poco, se venga formando la conciencia general sobre la conveniencia y la necesidad que existe de

relegar para siempre al olvido aquellas prescripciones didácticas, pedagógicas y morales que establecieran los pedagogos de otros tiempos o sin base alguna, o sobre las bases de una psicología fantástica construída a *priori* y presentada en aquella forma imperativa y deductiva nunca suficientemente lamentada.

De aquí que se trate de olvidar aquellos preceptos desprovistos de cualquier fundamento empírico, sin ninguna explicación del *por qué* y del *cuando* que se presentaban a los docentes como órdenes generales que debían ser ejecutadas.

De aquí que los modernos cultores de la pedagogía científica reclamen con insistencia que los maestros nuevos aprendan a conocer mejor la biología, la anatomía y la fisiología — que hacen conocer la vida y sus funciones; — la psicología general y la psicología pedagógica — que hacen ver como se producen los fenómenos psíquicos de distinta naturaleza, tanto en el hombre en general, como en el hombre en formación; — que de haber salido de su estado empírico, tradicional y fragmentario, después de haber abandonado fines unilaterales y estrechos, llegó a concepciones complejas y amplias, organizándose finalmente como ciencia con objetivo propio, determinado y más o menos preciso — que aprendan a conocer mejor aquella pedagogía, que, como ciencia educadora, se propone despertar, dirigir y regularizar convenientemente la actividad del espíritu hacia su fin supremo, basándose en el conocimiento de las leyes y de las condiciones naturales que dominan y gobiernan el desenvolvimiento natural y espontáneo de la actividad psíquica; basándose en el conocimiento de las leyes y condiciones corpóreas y físicas, cuyo estudio debemos a la fisiología del sistema nervioso y de los órganos de los sentidos, que son los órganos en los cuales existe y en virtud de los cuales obra cualquier producto psíquico.

Y si esto reclaman con tanta insistencia estos estudiosos, es porque están firmemente convencidos de que tan solo por este medio podrán los maestros adquirir una dirección profesional cada vez menos empírica y artificial, podrán formarse el hábito para la experimentación constante de todos los principios fundamentales de la ciencia educativa; se podrán formar en sus espíritus ideas más completas y maduras a propósito de los principales problemas de la pedagogía especulativa y experimental.

Porque, dígase lo que se quiera, — pero será siempre un hecho irrefutable, una verdad científica incontrovertible aquella que afirma que cualquier doctrina pedagógica debe fundarse en la experiencia de los particulares — y que la gran conquista de la pedagogía moderna es precisamente la de haber puesto que tan sólo así, será posible la reconstrucción integral mental — el fenómeno de las diferencias individuales, y de haber, como consecuencia lógica, orientado su obra en este sentido.

En la nueva pedagogía el conocimiento profundo de las individualidades infantiles y el diagnóstico diferencial psíquico constituyen realmente un problema de importancia fundamental, puesto que tan sólo así será posible la reconstrucción integral de la fisonomía de los varios individuos.

Así se explica como los maestros de nuestros días, aspirando a convertirse en los verdaderos artífices de la belleza humana, en los obreros conscientes para la mejor utilización de las fuerzas fisiológicas e intelectuales del hombre moderno, tengan necesariamente que estudiar a los individuos en las leyes universales y profundas que los constituyen.

Los maestros modernos si desean convertirse en los verdaderos creadores espirituales de su propia eficacia educativa y no aparecer ya como simples órganos ejecutivos de prescripciones gubernativas y burocráticas, deben necesariamente aprender a conocer mejor los caracteres semiológicos y diagnósticos de las desviaciones anormales; las condiciones que facilitan las manifestaciones prematuras de los *niños milagros*, o el deteniimiento en el desarrollo de los deficientes ebefrénicos; deben aprender a conocer mejor las leyes sobre las cuales se forma y desarrolla el organismo humano bajo el aspecto físico, intelectual y ético; antes que pedagogos deben ser antropólogos de la infancia, capaces de conocer las vibraciones de la psiquis, los ritmos de sus manifestaciones, toda la morfología de sus modalidades, bajo los innumerables estímulos que provienen de la vida de relación en la variedad del ambiente y por el influjo de la herencia; deben necesariamente aprender a aplicar en beneficio de todos indistintamente los educandos las medidas profilácticas y terapéuticas, tanto médicas como pedagógicas, para detener en su avance ciertas tendencias degenerativas y evitar que otras se manifiesten y se desarrollen.

Los maestros, en una palabra, deben aspirar que llegue pronto el día en que les sea consentido ejercer su misión educativa con plena libertad y autonomía; que llegue pronto el día en que las autoridades escolares, reconociendo la preparación científica de los docentes, y convencidas de que todos esos programas, horarios, reglamentaciones, disposiciones, etcétera..., que se renuevan constantemente y que no constituyen sino serios obstáculos para el libre y normal funcionamiento de las escuelas mismas, les digan: Maestros, sobre la base de vuestra experiencia, sobre la base del estudio de la personalidad infantil y de las distintas diferencias individuales, procurad de promover, sofrenar, transformar, corregir... Estableced una correlación lógica entre el contenido natural de la enseñanza y las aptitudes congénitas del educando... Cuidad del desarrollo normal del espíritu... Trabajad con fe serena y sincero entusiasmo para formar personalidades libres y morales.

*
* *

¿No es verdad que son precisamente estos los principios generales que informan, o para decir mejor, tienden a informar la escuela primaria renovada con el fin, como ya se ha dicho de organizarla de manera que responda fielmente a todas aquellas finalidades ideales y prácticas que constituyen la esencia, la verdadera razón de ser de la escuela popular y para las que tan solo vale la pena sostenerla?

¿No es verdad que en todas partes se pone de manifiesto la preocupación de reducir en lo posible el número de aquellos ciudadanos, quienes, a despecho de hallarse en condiciones antropológicas normales, adultos ya, no alcanzan a triunfar en la lucha por la vida, y sólo debido a la educación imprevisora que han recibido y a los pocos o ningún cuidados que se les prestó en su debida oportunidad al cultivo de su vocación, causas estas precipuas de su desorientación, de su inacción, de su incapacidad para explicar de una manera ordenada y práctica las abundantes energías que en estado latente se encuentran en sus organismos?

¿No es verdad que por doquiera se procura educar según las exigencias de una sociedad determinada y el carácter

del pueblo, puesto que sería un error fundamental pretender educar a los argentinos, por ejemplo, del mismo modo que se educan a los ingleses?

¿No es verdad que en todas partes existe la preocupación y el interés de aplicar en la medida correspondiente las normas que sugiere la pedagogía moderna, resultante admirable de la contribución que a ella aportan las ciencias de la antropología, de la fisiología, de la psicología y de la sociología, y siempre con el fin supremo de evitar que los métodos demasiado empíricos que aún se emplean en la enseñanza ordinaria representen una de las causas principales del nerviosismo, de la disminución del poder mental, de las anomalías intelectuales, de las perturbaciones del carácter, de los disturbios afectivos en muchos de nuestros niños, mientras que, por el contrario, esos métodos deberían ser el coeficiente más eficaz para aclarar su conciencia, desarrollar su razón, madurar su juicio, fortificar sus energías, almacenar en sus organismos no solamente ideas sino también tendencias, costumbres y habilidades, criterios prácticos y positivos necesarios para vivir la vida, sin violar nunca jamás las reglas de la higiene?

Ahora a fin de sacar conclusiones prácticas sería el caso que nos detuviéramos a considerar en qué proporción y en qué forma entre nosotros estas innovaciones han sido introducidas en la organización de nuestra escuela primaria; deberíamos estudiar con el detenimiento necesario si a la revolución política que nos diera una República libre e independiente ha sucedido la revolución pedagógica a fin de asegurar aquella, ya que, como dice Siciliani, — la revolución verdadera, la revolución seria, la sola eficaz y segura es la que empieza en la escuela. Pero esto no nos es posible en este instante.

*

* *

Admitido por un momento que estas nobles y elevadas aspiraciones — que desde luego deben merecer todo nuestro apoyo más decidido y entusiasta — se hubiesen tornado ya en una resplandeciente realidad, ¿podríamos afirmar que la escuela primaria y sus directores han cumplido para con los educandos con todo su deber, han dado todo lo que pueden y deben dar?

A esta pregunta — en cuanto a nuestra modesta manera de ver se refiere, contestamos negativamente, por cuanto entendemos que aún queda otro vacío por llenar, otra injusticia para remediar, otra obra de elevada importancia social y moral, otra obra en muchos casos de verdadera defensa preventiva que realizar. Queremos referirnos a las atenciones y cuidados especiales que tanto la escuela como los que ejercen su dirección superior están en la obligación ineludible de prestar a aquellos numerosos niños que — obligados por la ley a concurrir a las escuelas públicas, — no encuentran luego en las mismas ninguno de los medios capaces de combatir y vencer las anomalías físicas, mentales y morales de que pudieran adolecer.

En las escuelas comunes, efectivamente, figuran en una proporción bastante considerable aquellos niños que — por causas distintas — presentan timbres defectuosos de voz, incapacidad para pronunciar determinados sonidos de nuestro alfabeto, o que son sordastros, o que son tartamudos. También no son pocos aquellos otros que presentan atención deficiente, o cierta fragilidad de la misma; que tienen pronunciada debilidad de la memoria — próxima o remota; — debilidad de los sentimientos — elementales o superiores; pobreza de imaginación, difícil asociación de las ideas; dificultad grande para el cálculo, etc..., todos educandos estos que se encuentran en condiciones de evidente inferioridad a la media de los niños de la misma edad, sexo, ambiente social, etc..., como asimismo es efectivamente cierto que entre la población escolar abundan los abúlicos y los inestables, los falsos anormales afectivos, es decir aquellos que no están afectados de amoralidad constitucional.

Y bien; ¿cómo se atienden, hoy por hoy, en nuestras escuelas a *esos anormales sensoriales débiles* (defectuosos de pronunciación, tartamudos, sordastros, afásicos)? ¿Qué es lo que se hace en beneficio de *esos falsos anormales intelectuales* — comúnmente llamados retardados pedagógicos? — ¿Qué atenciones se les prestan a *esos abúlicos* y a *esos inestables*, a *esos falsos anormales afectivos* (conocidos con el nombre de los más malos, de los más indisciplinados, de los más impetuosos, de los más violentos, de los más crueles, etc...). — ¿Dónde están *esas clases especiales, auxiliares complementarias* como mejor se quieran llamar, que deberían funcionar anexas a las escue-

las comunes y en las que se reunirían todos los elementos anómalos ya recordados con el fin de individualizar para con ellos la enseñanza, corregirlos de sus defectos, y devolverlos a las aulas de las que habían sido separados en condiciones de poder seguir sus estudios y sin ulteriores tropiezos conjuntamente con los normales? ¿Dónde están esas *clínicas pedagógicas* que deberían servir como campo de experimentación para los docentes que quisieran especializarse en esta índole de enseñanzas y en las que se estudian y practican metódica y científicamente las normas que sugiere la pedagogía correctiva? Que nosotros sepamos, no existen aquí ni las unas ni las otras. Y esto es un mal.

*

* *

Teóricamente — esto si es la pura verdad — nosotros seguimos afirmando que el arte de hablar bien es un arma poderosa para la lucha de la vida; una razón de indiscutible superioridad, una preciosa garantía de victoria, puesto que mediante una palabra clara y fácil nos es posible difundir cómodamente nuestras ideas, puesto que es este el exponente más eficaz y sugestivo por medio del cual podemos dar a nuestras dotes extrínsecos; consistencia y valor. Reconocemos la conveniencia y la necesidad que existe de cuidar en nuestros niños las cualidades exteriores que constituyen la estética de la palabra articulada, porque sólo así será posible traducir con fidelidad y plasmar en la mente de quien nos escucha todo el valor psíquico de las mismas palabras, según exigen las ideas que hay que manifestar y los sentimientos que hay que despertar.

Admitimos con Mantegazza que el culto idólatra que nuestro siglo profesa por los parlamentos y por los discursos está plenamente justificado; que la palabra hablada es una de las primeras fuerzas humanas; que entre un libro y un discurso hablado podrá haber absoluta identidad de ideas, pero que cuando estas salen del labio cálido de un hombre inspirado entran en el cerebro de las multitudes por la vía del oído, que es el gran camino de los sentimientos. Convenimos en que la palabra humana es apostólica por excelencia, que se vé, se oye y se absorbe viva y palpitante, toda impregnada de efluvios humanos y sentimentales; todo esto, decimos, nosotros afirma-

mos teóricamente, pero mientras tanto en nuestras escuelas las facultades vocales de nuestros alumnos no se educan del mismo modo que se educan las demás aptitudes físicas e intelectuales; se dejan crecer como pueden, como si en los tiempos en que vivimos aún fuera consentido admitir que no hay otra educación filosófica que la de los juegos y de la gimnasia. Mientras en nuestras escuelas con el dibujo — por ejemplo — y la escritura se trata de coordinar la actividad del centro con los órganos de la vista y de la mano, no se hace igual cosa a fin de que en los niños se establezcan también relaciones especialísimas entre el cerebro, los pulmones, la voz, la articulación y el oído. Seguimos enseñando a hablar a los alumnos empleando un método empírico, en lugar de servirnos de los modernos descubrimientos de la ciencia ortofónica, capaces de educar los varios elementos psíquicos y fisiológicos que determinan la claridad y la corrección de la palabra misma.

Nosotros no empleamos un procedimiento racional y científico, tomando como base la observación objetiva de los órganos desde el punto de vista anatómico y fisiológico; no ayudamos y facilitamos la obra de la naturaleza cuando esta fuera deficiente; no favorecemos su rápido y completo perfeccionamiento, cuando esta siguiera su curso normal; no damos al órgano el hábito de funcionar regularmente a fin de eliminar el vicio incipiente; no intervenimos para eliminar las incertidumbres. En nuestra escuela en fin, aún no ha penetrado la idea de la gimnasia del lenguaje, tendiente a su perfeccionamiento como método universal, y como detalle de la gran obra del perfeccionamiento estético del hombre.

Y esto ocurre porque desgraciadamente aún perdura en nosotros el falso concepto de que estas anomalías son temporáneas y transitorias; que disminuirán o desaparecerán normalmente a medida que transcurra el tiempo; de que esos defectos del lenguaje se corregirán más tarde por los efectos de una auto-educación; de que estas anomalías dependen tan sólo de las condiciones fisio-psíquicas propias de la edad, en la que o no existe aún el dominio absoluto de los órganos vocales, o tanto estos como los centros nerviosos no tienen la energía, la prontitud y la seguridad que derivan del desarrollo completo, del ejercicio y de la costumbre. Lo que sucede es que nosotros olvidamos que estas mismas anomalías —

debido a causas múltiples — pueden volverse funcionales y orgánicas, como lo demuestran elocuentemente aquellas personas, que — capaces de expresar por escrito con verdadera maestría todos sus pensamientos, — llegado el caso de tener que realizar el mismo trabajo oralmente o leyendo, lo hacen en forma realmente lamentable. .

Olvidamos con demasiada facilidad que no son pocos los casos en que el desarrollo del lenguaje — por vía natural no se forma normalmente en su primer período, es decir, no se establece el período inferior que prepara las vías nerviosas y los mecanismos centrales destinados a poner en relación las vías sensoriales con las motrices, y que en estos casos no se puede prescindir de todos los recursos que la ciencia sugiere a fin de combatir en sus raíces y desde sus primeras manifestaciones las causas de estas anormalidades.

*

* *

Teóricamente también todo el mundo reconoce que los tartamudos, los que son víctimas de semejante anormalidad, se ven perjudicados física-intelectual-moral y materialmente de un modo muy sensible; todos convenimos en que ellos no sólo se perjudican en su desarrollo intelectual, no sólo se ven imposibilitados para desenvolverse en sociedad con las mismas ventajas de los que pueden hacer uso libremente de la palabra — llave esta indispensable para abrirnos paso y reducir en una buena parte los obstáculos que dificultan nuestra marcha triunfal hacia el progreso, hacia la perfección, hacia el ideal; no sólo en muchos casos se ven obligados a abandonar los estudios, a cambiar de oficio, por más que sientan para ellos verdadera vocación, sino que también su carácter se va a poco a poco modificando lamentablemente. .

Porque cuando llegan a tener conciencia plena de todo el mal que los aflige, sin ni siquiera poder abrigar la más remota esperanza de encontrar un día una mano competente y benéfica que sepa y pueda librarlos de tanto infortunio, entonces se produce en ellos una verdadera metamorfosis. Sueños, ilusiones, esperanzas, todo lo que es dable concebir a una mente joven y ardorosa, a un corazón lleno de ideales se torna en una amar-

ga desilusión, en un triste desencanto. La alegría y la jovialidad dejan su lugar a la tristeza y a la pesadumbre, y ¡... huyendo de las reuniones y de las conversaciones, buscan la soledad para poder así concentrar todo su pensamiento en analizar la afligente situación en que se encuentran.

Y a despecho de que la ciencia nos diga que la tartamudez, que este desorden espasmódico en la casi totalidad de los casos se debe a la simple falta de precisión y de coordinación en la acción de los distintos grupos musculares y a la falta de acuerdo entre la acción del mecanismo articulario, laríngeo y oral; por más que la ciencia nos diga que son una minoría insignificante las personas que no reúnen las cualidades reconocidas esenciales para hablar bien en el sentido puramente físico y estético; que muy raras veces este inconveniente se debe atribuir a alteraciones neuropáticas y psicopáticas, o a falta de elasticidad mental, o a una comunicación interrumpida entre los centros cerebrales, y que, por consiguiente mediante oportunos ejercicios gimnásticos de los órganos de la fonación y de la articulación es posible desarraigar las causas que determinan la anomalía, ¿qué es lo que hacemos en nuestras escuelas públicas cuando nos encontramos en presencia de estos defectuosos?

Al principio procuramos alentarlos, infundirles ánimo, recomendarles que se mantengan calmos, que nos imiten en la forma por nosotros empleada para hablar bien, etc...! pero no bien advertimos que nuestras recomendaciones e incitaciones resultan estériles, y que el vicio no solamente perdura sino que va agravándose cada vez más, entonces — ya que no nos está consentido echarlos de la escuela, — a fin de no someterlos a continuas mortificaciones y humillaciones, convirtiéndose en el *hazmerreir* de los compañeros, para impedir que se conviertan en elementos de indisciplina, y lo que es peor aún, en verdaderos *elementos de contagio*, como última concesión les permitimos que nos den todas sus clases por escrito. Luego llamamos a los padres y les aconsejamos que vean al facultativo, quien — después de haber acudido al consabido *corte del frenillo* — sin que, por supuesto, este expediente dé resultado alguno — les manifiesta que hay que tener paciencia y esperar la *época del desarrollo*!... Mientras tanto el niño *sigue tartamudeando*... la dichosa época pasa... el defecto aumenta más y más...

hasta que los padres, no sabiendo ya a cual otro recurso apelar, consienten que sus hijos practiquen lo que aconseja el curanderismo más insulso y más vulgar!...

*

* *

¿Y qué decir de aquellas otras pobres criaturas, que sin estar afectadas de sordera congénita o adquirida, total o parcial; sin que estén desprovistos de elementos nobles del cerebro, sin que en ellos los centros corticales se hayan formado aisladamente y sin vinculación funcional; sin que estén desprovistos de esos neurones de asociación, que son la expresión anatómica de la función superior del cerebro y del espíritu, que dan al sujeto la conciencia de su entidad psíquica, y establecen la energía de actividad de todos y cada uno de los territorios cerebrales, y que, sin embargo, no pueden expresarse por medio de la palabra hablada?

¿Qué decir de estos niños afásicos completos que llegan a los nueve, diez y más años sin haber podido pronunciar jamás una sola palabra, una sola frase en forma correcta, y que en los hechos demuestran casi una falta completa de vida psíquica, precisamente porque cuando no existe la comunicación oral, el pensamiento permanece en estado rudimentario, las facultades mentales no se desarrollan, y la inteligencia queda embotada?

Ellos, los pobrecitos, no pueden ingresar en las escuelas públicas porque no hablan; no pueden ser admitidos en los institutos de sordo-mudos porque oyen; sería un delito internarlos en un hospicio para frenasténicos graves porque conservan sus facultades mentales en estado relativamente normal; ellos deben forzosamente permanecer en sus hogares respectivos, víctimas de un mal que la ciencia, con la elocuencia de los hechos, ha demostrado ser también posible combatir y vencer. Sí; ellos pueden adquirir la facultad de expresarse mediante los signos con que el hombre comunica sus sentimientos y sus ideas. Ellos también pueden ser arrancados del silencio perpétuo, a que la naturaleza los había condenado, mediante una oportuna educación de la memoria y de la palabra.

Y, sin embargo, ¿... qué es lo que hace la sociedad, qué hace la escuela en beneficio de esta categoría de anormales? Absolutamente nada!

*

* *

Por mi parte estoy firmemente convencido de que no habrá un solo maestro que ignore que esos numerosos *retardados pedagógicos* — sin que nadie tenga el derecho de confundirlos con los verdaderos deficientes intelectuales, — necesitan, sin embargo, de cuidados especiales a fin de volver en ellos cada vez más ágiles los procesos intelectuales, más cómodo y fácil el acto de aprender y de explicar oportunamente lo aprendido en las más variadas contingencias prácticas y colocarse en las mismas condiciones de los normales para seguir sin ulteriores tropiezos los estudios en las clases comunes. Nadie ignora que en ellos las causas congénitas o adquiridas que impiden el aprovechamiento de la enseñanza colectiva, impartida de acuerdo con los métodos y procedimientos actualmente en uso, son relativamente leves y que no impiden o alteran profundamente el ulterior desarrollo intelectual, sino que tan sólo lo hacen posible con un cierto atraso con una cierta dificultad, mediante una ayuda mayor de parte de quien los atiende empleando un material didáctico y métodos especiales que consulten las deficiencias de cada uno de estos educandos. Todos saben perfectamente bien que estos *falsos anormales intelectuales* no son anormales de raza ni por alteraciones fijas de alguna entidad, y que para ellos son necesarios horarios, programas de estudios, organización escolar, prescripciones higiénicas y terapéuticas que mejoren las condiciones fisiológicas, de manera que estas puedan desarrollarse libremente y de este modo favorecer en su grado máximo las psíquicas; todo esto, decimos, no hay quien no lo conozca, y, mientras tanto nosotros consentimos que estos niños pierdan lastimosamente su tiempo, permaneciendo en las aulas comunes juntamente con los anormales. Nosotros nos conformamos con que vegeten en un mismo grado dos, tres y más años, limitándonos a llamarlos los menos inteligentes, los más desganados, los más malos, etc... En una palabra, con semejante actitud, nosotros seguimos contribuyendo a aumentar el número de los fracasados para la vida.

*

* *

Del mismo modo todos estamos convencidos de que esos *falsos anormales afectivos*, atendidos en su debido tiempo y de acuerdo con sus tendencias antisociales, pueden ser convertidos en seres honestos y socialmente útiles. Sabemos que para ellos es tan sólo necesario someterlos desde el comienzo de su instrucción a un examen riguroso que nos permita sorprender los primeros gérmenes de aquellas desviaciones del carácter normal de las que arrancan las formas de conducta que están en abierta oposición con las exigencias del vivir civil; sabemos que en ellos se trata tan sólo de mantener vivos los procesos volitivos, enderezándolos hacia fines que difieren en mucho de los que se dirigen a los impulsos y las tendencias anómalas; sabemos que las perversiones que se manifiestan en la mayoría absoluta de estos niños son completamente funcionales y que, por consiguiente, pueden ser modificadas; sabemos que los *criminaloides* — que afortunadamente son los más — se les puede salvar, siempre que se les atienda como corresponde desde su primera infancia; no ignoramos que, más que curar el delito, cuando ya se ha hecho hábito, debemos esforzarnos para prevenirlo, y sin embargo nosotros, en presencia de estos casos, creemos haber hecho todo lo que nos incumbe enseñándoles cuatro fórmulas morales, o acudiendo al uso sapiente del castigo que humilla y envilece, o echándolos de la clase y de la escuela, o remitiéndolos a casas de patronato y de corrección.

Pero también a este respecto es el caso de preguntar: ¿dónde está la obra preventiva que debería y podría realizar la escuela primaria a fin de evitar que estos niños se conviertan en verdaderos seres deshonestos y peligrosos, en verdaderos y propios delincuentes?

*

* *

Y quedan por último los *niños patológicos*, cuyas graves dolencias hacen también incompatible su permanencia en las aulas de las escuelas comunes. Para éstos se cree haber provisto alojándolos en asilos u hospicios, pero — y sin que esta

afirmación mire a herir la susceptibilidad de nadie — en los que la parte que se relaciona con su instrucción y educación es poco menos que irrisoria. Y este es un error, además de ser una verdadera injusticia.

Pues, ¿a qué vale que haya sido demostrado hasta la evidencia que también aquellos que presentan sensibles y fundamentables alteraciones en los órganos y en las funciones de la vida física e intelectual, aquellos ofendidos en el sistema nervioso, y en particular modo en el cerebro, en quienes la inteligencia tarda en nacer y después sale deforme, difícil, defectuosa, son susceptibles de una relativa instrucción y educación, si luego no se aplican para con ellos los medios que aseguran la consecución de esta noble y elevada finalidad?

Sin la pretensión de que, mediante una enseñanza especial, se consiga substituir cerebros enfermos con cerebros sanos — lo que implicaría obrar milagros — existen, sin embargo, motivos sobradamente fundados para afirmar que tanto los imbéciles como los idiotas — exceptuados aquellos en quienes la tercera circunvolución frontal está afectada de esclérosis y que por consiguiente nunca podrán hablar; aquellos otros cuyos lóbulos frontales están estrechamente adheridos a la *pia mater* y en consecuencia nunca alcanzarán a comprender y a acordarse de nada, y aquellos otros en quienes la zona motriz está destruída — no pudiendo, entonces, cumplir ninguno de aquellos movimientos que de ella dependen — pueden ser salvados de una degeneración progresiva, y transformados de seres inútiles y antisociales en elementos capaces de contribuir con su obra al bien de la comunidad.

*

* *

Luego, entonces, ¿qué razones hay para que aquellos niños — incapacitados para aprovechar de la enseñanza colectiva, suministrada de acuerdo con los métodos comunes, queden excluidos de los beneficios que deberían y podrían recibir, queden condenados a vegetar en las aulas, expuestos a la humillación y a egresar en peores condiciones que las que presentaban cuando iniciaron sus estudios? — ¿Qué razones existen para que aquellos otros mayormente tarados permanezcan en sus

hogares respectivos, expuestos a una serie de trastornos que empeorarán más o menos transitoriamente la capacidad funcional de sus cerebros ya débiles y defectuosos?

¿Acaso no profieren una blasfemia incalificable, aquellos que, aún hoy, en presencia de estas reclamaciones, siguen alegando que, — no pudiendo proveer todavía a la instrucción de todos los normales indistintamente, mal se podrían distraer energías y medios para atender a estos anormales que, según ellos, representan la escoria de la sociedad? — ¿Acaso los que así razonan — además de poner de manifiesto sus sentimientos por demás egoístas, no revelan al mismo tiempo un desconocimiento completo a propósito de la eficacia de la pedagogía correctiva y una falta de estudio relativamente a lo que se refiere a la parte económica?

Y aquí, para terminar, recordaremos las palabras que Guerzoni pusiera en boca de un niño, razonando un día sobre la instrucción obligatoria:

Yo tengo estos derechos y no puedo renunciar a ellos porque son la causa de mi misma existencia, y si algún día aquellos que me los han conferido, o por negligencia, o por mala voluntad, o por impotencia llegaran a desconocerlos y a pisotearlos; si mis padres, me dejasen *volente* o *impotente*, permanecer en las tinieblas de mi espíritu... yo levantaré mi voz... y a ti Sociedad, a ti Ley, a ti Gobierno, gritaré: ¡Defendedme!... mis derechos están violados, y la naturaleza en mí, pequeño, está ofendida;... la humanidad en mí—impotente—está maltratada; en mí, miembro de este consorcio, hijo de vuestra ciudadanía.... Defendedme... o sino... ¡guay! para vosotros... Mi ignorancia será vuestra insidia perpétua... yo me haré grande en mi noche... y no bien mi mano sea diestra para robar, con el hurto me vengaré de vuestro olvido..., no bien mi brazo esté fuerte para herir, con el asesinato os pagaré vuestra injusticia!... Vosotros no habéis querido educar a un niño inocente, y bien, para vuestro castigo, estaréis condenados a mantener a un hombre parásito, a un enemigo vuestro...

¡Defendedme por justicia!... defendedme por vuestra defensa futura..., defendedme por espíritu de humanidad..., y recordaos siempre que de todas las injusticias so-

ciales, la que se usa para con el niño ignorante e impotente es la más atroz, la más irremediable!...

Y bien, hoy, después de los sorprendentes progresos alcanzados por la ciencia pedagógica moderna, esta legítima imprecación resultaría incompleta porque a ese niño le asiste el derecho de encontrar en la escuela, a la que una ley le obliga a concurrir, todos los medios capaces de subsanar sus anomalías, enmendar sus defectos, integrar su fisonomía física y psíquica; le asiste el derecho de exigir que en esa escuela nada se omita para que ni la evolución de los sentimientos, ni la ideación, ni la energía volitiva, es decir, ninguna de las manifestaciones con que se revela la actividad psíquica, resulten ni remotamente comprometidas; le asiste el derecho de que se usen para con él todos aquellos cuidados que lo deben llevar a conseguir la perfección que constituye el ideal del individuo y de las colectividades.

Formulemos, entonces, el voto de que la escuela no siga permaneciendo indiferente ante la situación de estos anómalos. Interesarse de la suerte de estos niños, es hacer obra altamente civil y progresista, obra de suma trascendencia, ya sea considerándola desde el punto de vista humanitario, ya desde el punto de vista científico y social. Esto no es ni sentimentalismo, ni filantropía; esto es contribuir para que deficiencias tan sensibles dejen de figurar en el pasivo de la perfección de las generaciones que se inician en la vida; es un nuevo horizonte de la pedagogía moderna que abandona los métodos antiguos para adoptar otros más conformes a las necesidades de la vida real.

Es un sentimiento de la humanidad atraída por un principio de elevación biológica y moral.

LUIS MORZONE.

La Plata, Noviembre 20 de 1920.